

Y el anciano extendió su mano á Don Alonso, que se la estrechó, y se separaron.

Media hora despues, el anciano, que como habrán comprendido nuestros lectores, era Martin, volvió á la casa de Mejía, acompañado de un notario, alto, flaco, vestido de negro, y que traía colgando en el cinto, á guisa de puñal, un enorme tintero de cuerno que llevaba por tapa un inmenso cono, y al lado del cual se miraba suspendido un cilindro de metal que contenía hasta cinco plumas de ave, teñidas de diversos colores: además, el notario llevaba en la mano un gran rollo de papeles.

Don Pedro, que habia permanecido solo, sintió abrirse la puerta de su aposento, y se estremeció al reconocer al escribano: aquello era el indicio mas seguro de que la muerte estaba cerca.

Don Alonso entró con Martin, con el escribano y con los testigos.

—Dejadme hablar una palabra con este anciano á solas—dijo Don Pedro.

Todos se retiraron y Martin se acercó á Don Pedro.

—¿Cómo se llama en el mundo mi hija?—preguntó Mejía.

—Doña Esperanza de Carbajal.

—Está bien.

—Dios os mira y os bendice en este momento.

—Acercaos—dijo Don Pedro al escribano; y luego dirigiéndose á Martin y á los demás, agregó:—dejadnos solos.

Don Alonso, Martin y los testigos salieron, y Mejía quedó solo en su cuarto con el escribano.

—Supongo—le dijo—que debo tener entera fe en vos.

—Completa.

—Pues bien, decidme: deseo que mi testamento sea secreto, es decir, que nadie le conozca hasta despues de mi muerte.

—Ni yo ni los testigos diremos una palabra; puede su señoría estar seguro.

—No es eso; quiero que ni aun los testigos le conozcan.

—En ese caso, escribidlo vos, cerradlo, y entregádmelo delante de los testigos, diciendo que es vuestra última voluntad, y todos firmaremos con vos en la cubierta.

—¿Y tendrá así el mismo valor?

—Sí que le tendrá.

—Dadme, pues, papel, tinta y una pluma.

El escribano desprendió el tintero y las plumas de su cintura, y extendió un pliego de papel.

—Tomad—dijo.

Don Pedro se incorporó y pretendió escribir en la cama; pero no pudo.

—Dadme la mano—dijo al notario.

El hombre vacilaba.

—No temais, que no tengo enfermedad contagiosa.

—¿Qué pretende su señoría?

—Dadme la mano y lo vereis.

El escribano dió á Don Pedro su mano, y entonces éste, haciendo un esfuerzo supremo se levantó de la cama.

—Eso puede hacerlos dano—dijo espantado el escribano.

—Dejad lo que no es de vuestra incumbencia; ayudadme á llegar hasta aquella mesa.

El escribano sostuvo á Don Pedro, y llegaron así hasta un sitio que estaba frente á una mesa. Mejía se puso á escribir, pero tiritaba de frio.

El escribano tomó una manta de la cama y la puso con mucho esmero sobre los hombros de Don Pedro.

—Gracias—dijo Don Pedro, y continuó escribiendo.

Así pasó media hora.

Don Pedro echó arenilla sobre lo que habia escrito, y dijo doblando el pliego:

—Ya está.

—Pues ciérrele su señoría y póngale su sello.

Don Pedro cerró el pliego, le puso una gran cubierta y le selló.

—Ahora—dijo el escribano—ponga encima su señoría que este pliego encierra su última voluntad, y firme esa declaración. Don Pedro hizo lo que se le decia.

—¿Y ahora?—preguntó.

—Llámense á los testigos, me entrega su señoría ante ellos el pliego, y todos firmamos y rubricamos la cubierta, y despues se deposita en la escribanía ó adonde le parezca mejor á su señoría, y es todo.

—Bueno; vos depositareis el pliego y lo entregareis al que vaya de parte de Doña Esperanza de Carbajal, pero guardando á cargo de vuestra conciencia el mas riguroso secreto.

—Sí, señor.

—Llamad á los testigos.

El escribano llamó, y Don Alonso y Martin y los testigos entraron en silencio. Don Alonso estaba pálido, sentia como si fuera á escuchar un fallo, y á pesar de las protestas de Martin, aun no estaba tranquilo. Todos se admiraron de ver á Don Pedro sentado delante de la mesa.

—Aquí teneis—dijo solemnemente Mejía al escribano—mi última voluntad, encerrada en este pliego sellado por mi mano; quiero que ella sea cumplida, y siendo como una ley para mis herederos.

—La recibo—contestó el escribano—y suplico á los testigos que han presenciado el acto, firmen conmigo en la cubierta, conforme lo disponen las leyes.

El escribano sin apartarse de la mesa, puso la razon y firmó en la cubierta, los testigos hicieron lo mismo, y Don Alonso invitado firmó tambien; pero su mano estaba trémula.

—Guardad eso, señor escribano, y entregadlo despues de mi muerte, ya sabeis—dijo Don Pedro.

—Sí, señor—contestó el escribano, guardando el pliego cerrado en el pecho.

—Ahora—continuó Don Pedro—llevadme á mi cama, porque me siento mal.

Martin y Don Alonso condujeron á Don Pedro al lecho.

—Dejadme un momento con este anciano—dijo Mejía.

El escribano se despidió, y todos salieron.

—Necesito un sacerdote para confesarme—dijo Don Pedro.

—Voy por él—contestó Martin:—despues de esta buena accion creo que no morireis; pero siempre es bueno estar prevenido: os suplico por vuestra propia tranquilidad, que deis á entender á Don Alonso que él y Doña Estela son vuestros herederos.

—¡Pero es una mentira, un pecado!

—Muy venial, y sobre todo, es antes de la confesion; el sacramento os limpiará de él y de otros mayores.

—Decís bien; id por el confesor.

Martin salió, y dijo á Don Alonso:

—Voy por un confesor; entrad, que mi mision ha terminado, y sois mi deudor.

—Don Alonso—exclamó Don Pedro viendo entrar á Ri-

vera en su cuarto—quisiera haber sido diez veces mas rico por vos y por Estela; pero despues de mi muerte vos y ella es acordareis de mí.

—Gracias—contestó Don Alonso—no penseis en eso.

Y era que él pensaba ya que era cierto cuanto le habia dicho Martin.

XV.

De cómo volvió Doña Catalina á la casa de Don Pedro.

EL confesor no se hizo esperar, y se encerró con Mejía inmediatamente: Don Alonso tomó su sombrero, y sin decir á nadie nada, se salió á la calle y se entró en la casa de Doña Catalina.

—¿Qué tenemos?—dijo la vieja.

—Tenemos un triunfo completo; he conseguido volver á arreglar un negocio que esta muchacha estuvo á punto de descomponer con su genio violento, y que era nada menos que el porvenir de todos nosotros.

Catalina hizo una mueca, que á no haber estado allí la anciana, le hubiera valido un bicho de Don Alonso.

—Contadnos.

—¿Qué tengo de contaros? Don Pedro de Mejía acaba de otorgar en toda forma su testamento.

—¿Y qué dice?—preguntó la anciana.

—Adivinadlo: ¿á quién pensais que deja de su heredero universal?

—A vos—dijo Catalina.

—A su alma—dijo la vieja.

—Nada de eso; á la señorita Estela, su esposa.

La anciana dió un grito de gozo, y los ojos de Catalina se abrieron y brillaron extraordinariamente.

—¿Y eso es verdad?

—Tan verdad, que él mismo me lo ha dicho.

—¿Y cómo lo conseguisteis?

—¿Soy acaso algun tonto? ¿No tenemos un contrato Catalina y yo, al cual ha faltado ella?

—¿He faltado?—dijo alegre la jóven.

—Sí; no haciendo lo que os he dicho.

—Pero prometo la enmienda—agregó la jóven sentándose al lado de Don Alonso, y acariciándole delante de la madre con descaro.

—Así sea—dijo Rivera;—es preciso que os resolvais á ir á la casa de Don Pedro.

—Iré—dijo Catalina.

—Y que le cuideis y le halagueis mucho.

—Lo haré.

—En fin, que muera contento de vos; no vaya el diablo á hacer que se arrepienta.

—Triunfaré del diablo.

—Bien; preparaos, porque luego que se acabe de confesar vendré por vos.

—Os aguardo.

—Disponéos, que muy pronto estaré de vuelta.

—Id, y que Dios os lleve.

—Adios.

Y Don Alonso volvió á salir precipitadamente.

Don Pedro se habia ya confesado cuando Rivera volvió á la casa, y los *Sacramentos*, como se le llama al Sagrado Viático, se debian preparar con gran solemnidad para aquella tarde.

Don Alonso dictó sus disposiciones, y todos los criados se

pusieron en movimiento, y comenzaron á hacerse todos los preparativos.

Martin se presentó á cosa de las dos con Don Alonso.

—¿Estareis satisfecho ya de mí?—le preguntó.

—Sí que lo estoy.

—He cumplido cuanto os ofrecí y podiais desear; Don Pedro de Mejía ha puesto el conveniente arreglo en todos sus negocios espirituales y temporales, y creo que á entera satisfaccion vuestra.

—Así lo entiendo.

—Pero supongo que estareis enteramente satisfecho y contento.

—Lo estoy.

—Porque todo ha salido á medida de vuestro deseo, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto.

—Cumplí como cristiano y como vuestro servidor, y nada se podia apetecer mas.....

—Quereis decirme—exclamó impaciente Don Alonso—já qué viene todo eso?

—A nada: queria yo únicamente saber si habeis quedado satisfecho.

—Sí; ¿y qué?

—Nada; que yo aun no lo estoy.

—Bien; otro dia nos veremos; tengo hoy tanto que hacer!

—Nunca está un cristiano tan ocupado que no pueda cumplir una promesa hecha en honor de Dios y en su santo servicio.

—¿Sereis capaz, santo varon, de exigirme que os dé ahora mismo?

—¡Dios me libre de exigir nada! Hablo á vuestra conciencia y nada mas.

—Es lo mismo: entrad á ver al enfermo, porque supongo que á eso vendreis.....

—En efecto, á eso nada mas vengo.

—Y al salir tendreis vuestro dinero.....

—Dios os lo pagará.

Y Martin haciendo una reverencia á Don Alonso, se entró á la cámara de Don Pedro.

Al verle el enfermo, sus ojos brillaron, y procuró incorporarse.

—¿Viene mi hija?—preguntó.

—No, señor; esta noche iré á verla: dedicad todo el dia de hoy tranquilamente á vuestros negocios espirituales, y que nada os distraiga: mañana vereis á vuestra hija.

—¡Ah! quizá me agrave en esta noche, y quiero deciros, si es que no os lo dije ya: si muero, pedid al escribano mi testamento con el nombre de mi hija Doña Esperanza de Carbajal: esta es la órden que le he dado.

—Espero en Dios que os aliviareis.

—Lo dudo.

—Roposad, y mañana vereis á vuestra hija.

Suntuosos fueron los Sacramentos de Don Pedro de Mejía.

El virey, el visitador y la mayor parte de los caballeros de la corte concurrieron á ellos, alumbrando con cirios desde la calle hasta la cámara del enfermo.

El Viático, que lo traía el mismo arzobispo de México, venia en la mas rica de las carrozas de Don Pedro; multitud de hermanos de las cofradías acompañaban aquella procesion, y mil campanillas de todos tamaños venian por las calles, llamando la atencion de los vecinos y acompañando con su incesante sonido el coro de los acompañantes del Divinísimo.

Las señoras salian á los balcones, los hombres se agregaban á la procesion, y la calle y la casa en que vivia Don Pedro estaban literalmente llenas de gente.

Don Pedro recibió devotamente la comunión, y todos esperaban que volviera á salir el señor arzobispo para acompañarle en su regreso; pero apenas acabó de dar la comunión á Mejía, se volvió á los que alumbraban dentro de la misma estancia, y les dijo:

—Me permitireis que hable un momento á solas con el enfermo.

Todos, incluso el virey, se levantaron y salieron de la pieza.

Don Pedro miraba aquello con admiracion.

—Solos estamos—dijo el arzobispo—y quiero revelaros bajo el sigilo sacramental y para tranquilidad de vuestra conciencia en estos momentos, un secreto.

—Escucho á S. Illma.—contestó Don Pedro.

—¿Qué habeis hecho de la dama con quien os unisteis, y de la mujer que se os presentó como vuestra esposa?

—Señor Illmo., esa mujer está en uno de los aposentos de esta casa; en cuanto á la dama, no he vuelto á verla desde la noche de mi desgraciada boda: mi conciencia, sin embargo, me acusa de haber atentado hacerla venir. ¡Perdon, señor, pero yo la amaba mucho!

Y Don Pedro se puso á llorar.

—No lloreis—dijo el arzobispo—porque nada teneis ya de que pedir perdon, ni por qué afligiros; sabed que he averiguado que esa negra no es vuestra mujer, que vuestra mujer murió, y que hace ya algunos años que sois libre.

—¡Señor!—exclamó Don Pedro incorporándose enteramente.—¡Señor! ¿será cierto lo que escucho? ¿es decir que puedo sin pecar hacer que venga aquí Estela? ¡Oh, Dios mio,

Dios mio! ya puedo morir sin remordimientos, ya puedo morir tranquilo!

—Sí, nada teneis ya que pese sobre vuestro corazón; sois libre, y esa dama pudo y puede ser vuestra esposa ante Dios y ante el mundo.

—Estais muy agitado—continuó el arzobispo—y vuestra salud es en extremo delicada; calmaos, y despues que hayais rezado y meditado sobre el Sacramento que acabais de recibir, haced lo que mejor os parezca; que vuestra conciencia quede tranquila; es un consejo de vuestro prelado, y casi una prevencion.

—Obedeceré, Illmo. señor—contestó Don Pedro con resignacion.

—Y hasta el dia de mañana, si Dios os presta vida, no hablais de esto á nadie.

—Así será.

—Ahora, que Dios os envíe la salud si os conviene, ó la resignacion que necesitais para el trance postrimero.

Don Pedro besó respetuosamente el pastoral de S. Illma. y se recogió, pensando, muy contra su voluntad, no en el Sacramento, sino en Estela.

Toda aquella noche la pasó Mejía en las mas profundas reflexiones, y sin embargo de la tranquilidad que sentia en su conciencia, anhelaba por la llegada de la mañana para hablar con Don Alonso acerca del secreto que le habia revelado el arzobispo.

Por fin amaneció, y Don Alonso, que no se separaba ya de la casa del enfermo, entró á verle.

—Don Alonso—dijo Mejía—tengo una gran noticia que comunicaros, una buena noticia para vos que sois mi amigo, y que os interesais por mis negocios como si fueran los vuestros.

—¿Qué hay pues?

—Oid, amigo mio, oid: anoche, despues que el señor arzobispo me administró la sagrada comunión, me ha dicho para la tranquilidad de mi conciencia, que esa negra no es Luisa.

—¿Qué os habia yo dicho?

—Sí, Don Alonso, teníais razon; que no es Luisa, que Luisa murió hace algunos años, que yo era libre, y que por consiguiente Estela es mi verdadera esposa.

—¡Oh, qué felicidad!

—Muy grande, Don Alonso, muy grande; Estela volverá á esta casa como señora, como dueña: vos la persuadireis, ¿no es cierto?

—Sí, Don Pedro, yo la persuadiré.

—Vendrá, porque quedará convencida de que ella y yo fuimos víctimas de una trama infernal.

—¿Pero cómo supo eso el señor arzobispo?

—Lo ignoro, y no deseo saberlo yo tampoco; bástame conocer el resultado, que bastante feliz soy con ello.

—Teneis razon.

—¿Y cuándo ireis en busca de Estela?

—Cuando vos lo dispongais; vive ahora en la casa de enfrente, que á ella volvió luego que salió libre la señora.

—Entonces hoy, ahora, en este momento.

—Es aún muy temprano.

—No importa; id, id, que estoy impaciente por verla.

—Iré.

—Sí, dadme esa inmensa satisfaccion; de un momento á otro quizá me sorprenda la muerte, y quiero ver á Estela antes de abandonar la vida.

—Voy al momento.

Don Alonso salió precipitadamente, y Don Pedro llamó

á sus criados, se hizo peinar, y mandó disponer la casa como para una gran fiesta.

Era aquella una cosa bien triste; un moribundo disponiendo una fiesta; pero toda la servidumbre se puso en movimiento.

Lázaro el pobre notó aquellos preparativos, preguntó la causa, y nadie pudo darle razon; allí se hacian las cosas porque habia órdenes de hacerlas, y no se preguntaba nunca el por qué.

—¿Será posible—decia Lázaro, ó mas bien dicho, Don César—que para recibir á su hija haga todo esto Don Pedro? ¿Habrà logrado Martin tocar así su corazon? Quién sabe; él me dijo que habia conseguido mucho: voy á verle; quizá sea esta alguna nueva intriga de Don Alonso.

Y Lázaro salió en busca de Martin.

Don Alonso estaba ya en la casa de Catalina; al verle entrar, la hija y la madre advirtieron que su semblante radiaba de alegría.

—Muy buenas noticias debéis traer, puesto que aun en la cara se os descubre el gozo—dijo la vieja.

—Soberbias nuevas; á cada momento se ponen mejor las cosas, y hemos triunfado por completo.

—Explicaos—dijo Catalina.

—El arzobispo ha declarado que la anterior mujer de Don Pedro ha muerto hace ya algunos años, que Don Pedro es libre y que vos sois su verdadera y legítima esposa.

—¿Es decir.....

—Es decir que vos sois ya la señora y dueña de la casa de Mejía, que nadie podrá poner en duda vuestros derechos, que Don Pedro os pide que le perdoneis, y os suplica que paseis á instalaros á su casa como señora.

—¿Y debo ir?

—Por supuesto; sois su mujer, no hay razon para resistirse; él tiene derecho para llamaros, y á vos os conviene ir, y muy pronto; quizá mañana seais ya la viuda de Mejía, y es preciso que os reconozcan antes todos como su mujer.

—Entonces iré.

—Vamos pues.

—Dentro de una hora necesito disponerme y cambiar de trage; quizá llegue mucha gente atraida por la novedad del lance, y debe verme como quien soy.

sitador, y en su comunicacion no les era posible saber nada de Esperanza ni de Doña Juana, cuya muerte ignoraban.

Así trascurrieron varios dias, hasta que una tarde Martin habló á la jóven.

—Dad un momento tregua á vuestro llanto—la dijo—y prestadme atencion, que voy á hablaros de un negocio que os interesa altamente.

—¿Qué negocio puede interesarme á mí, pobre huerfana—contestó la jóven—cuando todos los vínculos que me unian con el mundo se han roto?

—No lo creais, aun os queda uno, y muy fuerte.

—¿Leonel?

—Entonces serán dos, y ya veis que no estais tan sola.

—¿Pues de quién quereis hablarme?

—Escuchad: ¿sabeis vos por ventura quién es vuestro padre?

—¿Mi padre?—contestó turbada Esperanza y poniéndose se encendida—¿mi padre? murió hace muchos años; aun era yo muy niña y no le conocí.

—Os engañais.

—Caballero!

—Repito, señora, que os engañais; vuestro padre vive.

—Calumniais la memoria de mi madre, y no lo consentiré—dijo levantándose la jóven.

—Oidme un momento con paciencia y quedareis enteramente satisfecha.

—¿Pero qué intentais?.....

—Vuestro bien: oidme y luego me contestareis.

—Bien, hablad.

—Hubo un hombre rico, muy rico, español—dijo Martin—que abusó del candor, de la inexperiencia y del aislamiento en que se encontraba en un tiempo Doña Juana de

XVI.

En donde sigue la misma materia del anterior.

MARTIN no habia creído prudente hacer revelacion ninguna á Doña Esperanza, mientras no tuviera la completa seguridad del reconocimiento de Don Pedro. Otorgado el testamento, y autorizado ya por Mejía para buscar á su hija y conducirla á la casa paterna, pensó que era necesario hablarle.

Doña Esperanza estaba ya firmemente persuadida de que la madre habia perecido entre las llamas, y habia caido en un abatimiento profundo, del que no bastaban á sacarla los consuelos que le prodigaba Martin; porque la mudita no podia sino acariciarla y llorar con ella.

La pobre jóven se miraba enteramente sola sobre la tierra, y Don Leonel no habia vuelto á enviarle ni un recado, porque Don Leonel creia por lo que su padre le habia dicho, que Esperanza era su hermana, y que era necesario ahogar aquella pasión, y en último caso declarárselo todo á ella y huir muy lejos.

Pero Leonel y su padre seguian presos por orden del vi-

Carbajal. Doña Juana fué madre cuando aquel hombre la abandonaba, y la hija de aquel hombre érais vos, señora...

Doña Esperanza quiso hablar, pero Martin continuó:

—No me preguntéis nada sobre los pormenores de todo esto, que es una historia bien larga y muy triste, que pronto leeréis escrita toda la parte que con vos tiene referencia, por la misma mano de vuestra madre; básteos por hoy saber que yo soy el único que conoce y que posee ese documento, que la Providencia puso sin duda en mis manos para hacer esta revelación, de la que ni un instante debéis dudar. Vuestro padre vive, pero en estos momentos está moribundo, y le he hablado de vos; quiere veros, os reconoce, os nombra su heredera, me encarga que os lleve junto á su lecho de muerte: ¿iréis?

—Nunca.

—¿Nunca, Doña Esperanza?

—Nunca: ir á ver al hombre que deshonró, que hizo la desgracia de mi pobre madre, que la abandonó.....

—Pero ese hombre es nuestro padre, os llama, está arrepentido, y vos no teneis el derecho ni de acusarle ni de juzgarle siquiera.

—Teneis razon, teneis razon; es mi padre!—exclamó sollozando Esperanza.

—Entonces ¿vendreis, señora?

—¿Pero qué seguridad tengo de que sea en efecto mi padre?

—¿Aun dudais? Pues bien, el hombre que os llama, se nombra Don Pedro de Mejía.

—Bien, ¿y qué?

—¿Conoceis la letra de vuestra madre?

—Sí, sí—exclamó Esperanza.

Martin se levantó precipitadamente y sacó de un arma-

rio el libro que contenia las Memorias de Doña Juana de Carbajal, buscó el pasaje del nacimiento de la jóven y se lo presentó, diciéndole:

—¿Conoceis esta escritura?

—Sí, es de mi madre, de mi pobre madre—contestó Esperanza, bañada en llanto y besando el libro escrito por Doña Juana.

—Pues leed—dijo Martin—leed; yo os habia querido evitar el dolor de recorrer esas páginas bañadas en llanto, pero vos lo quereis; leed solo por el bien vuestro; no paseis adelante ni comenceis mas atrás: cuando la calma vuelva á vuestro corazon, sabreis toda la historia.

Doña Esperanza comenzó á leer, limpiándose los ojos empapados en llanto, á cada instante.

Martin de pié tras ella, la seguia con la vista en la lectura.

Habia momentos en que la jóven no podia continuar, porque las lágrimas la cegaban, y entonces dejaba el libro y lloraba un largo rato; luego se enjugaba los ojos y volvia á continuar.

Cuando Martin conoció que habia llegado hasta donde debia leer para satisfacerse, puso su mano dulcemente sobre el libro. Esperanza alzó admirada los ojos para verle: absorta en los recuerdos de su familia, habia olvidado á Martin.

—Creo que es ya bastante;—dijo éste—¿para qué quereis martirizaros mas?

—Dejadme concluir.

—No, Doña Esperanza; estais satisfecha de que yo no os engaño: dejad para otra vez esa historia que hará sangrar vuestro corazon, tan conmovido en estos momentos; quizá sea hoy la ocasion menos oportuna para entregaros á

esa clase de recuerdos además, si ese libro tiene que permanecer aquí, ¿para qué esa precipitación en leerlo todo y en estos momentos?

—¿Pero creéis que esté tranquila sin leerlo todo?

—¿Y creéis que en algo os tranquilizará su lectura? Creedme, os lo suplico, y dejad por ahora ese libro: dádmelo.

—Bien; tomadle.

Martin recibió el libro y volvió á guardarle en su caja.

—Ahora—dijo—hablemos de vuestro padre.

—¿De mi padre? ¡Dios mio! despues de lo que acabo de saber.....

—Si Doña Juana viviera ¿os aconsejaría el rencor?

—Imposible.

—Pues bien; haced de cuenta que os habla, que os ve, que sabe que Don Pedro, solo, moribundo, arrepentido, llama á su hija.....

Doña Esperanza lloraba sin contestar.

—¿Qué me decís, señora? ¿debo contestar á vuestro padre que su hija se niega á ir á verle morir, que no cuente mas con ella, que espire solo como ha vivido, solo, que lleve al sepulcro su dolor y su remordimiento?.....

—Oh, no, no!

—Pues en tal caso.....

—Iré á ver á mi padre.

—Dios os premiará.

—¿Y cuándo?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Temprano.

.....
Llegó el momento en que Doña Catalina entrase de nuevo á la casa de Don Pedro, conducida por Don Alonso.

La dama se habia vestido y ataviado soberbiamente, á pesar de que entonces los trages de las señoras les cubrian generalmente hasta el cuello: Doña Catalina, por hacer ostentacion de sus bellas formas, llevaba un vestido escotado y casi flotante sobre los hombros, y sus mangas enteramente abiertas colgaban á los lados, dejando ver los brazos hermosamente contorneados.

Como Catalina comprendia que se trataba de excitar el amor de Don Pedro y aumentar su ilusion para apoderarse completamente de su espíritu, habia adoptado aquel trage casi de fantasía, que llevaban entonces no mas las mulatas y las mujeres de costumbres perdidas. Quería estar no solo hermosa, sino seductora y provocativa, y lo habia conseguido.

Don Pedro fué advertido por un lacayo de que Catalina se acercaba; y sentado en su lecho como un espectro, flaco, pálido y moribundo, pero con los ojos brillantes, no apartaba su vista de la entrada por donde debia aparecer Catalina.

Se oyó un ligero ruido, se abrió la puerta, y la dama, arrojando con estudiada indiferencia el velo que la cubria, se presentó radiante de hermosura, y se dirigió precipitadamente al lecho del enfermo.

Don Pedro tendió sus brazos secos como dos raíces, y recibió en ellos á su esposa, que fingia llorar y acariciarlo.

Aquella escena era repugnante: la cabeza encantadora de la jóven, coronada de flores y de brillantes, descansaba sobre el hombro descarnado de Mejía, y la fisonomía pálida y desencajada de éste asomaba á un lado, estampando sus labios descoloridos en la turgente espalda de Catalina.

Parecian un arcángel preso en los brazos de un cadáver.

Cualquier observador imparcial hubiera sin embargo comprendido que Doña Catalina tenia que hacer un terrible es-